

JOSÉ LÓPEZ DÓRIGA.

MEDICINA POPULAR.

— — — — —
APUNTES

PARA EL

Folk-lore Asturiano.

— — — — —
GIJON

IMP. Y LIT. DE TORRE Y COMP.

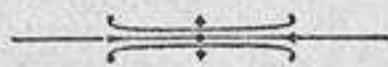
Libertad, n.º 32.

—
1890

F-142

JOSÉ LÓPEZ DÓRIGA.

MEDICINA POPULAR.



APUNTES

PARA EL

Folk-lore Asturiano.



GIJON

IMP. Y LIT. DE TORRE Y COMP.

Libertad, n.º 32.

1890

A-1188809
P. 2257

A distinguido escri-
tor arturiano y de-
ho cabedvctife d
Marpino Puertes
Sebedo, en prueba
de consideracion y
afecto de ll

L. Lopez Dorja



MEDICINA POPULAR (1).

Apuntes para el folk-lore asturiano.

I

La enfermedad del filu (2).—Remedios caseros.

INDUDABLEMENTE, las ideas de orden y nomenclatura, son innatas en el hombre, aunque así no lo parezca, sobre todo, la primera, en los tiempos que atravesamos: me sugieren estas reflexiones, el observar la facilidad con que el vulgo no solamente denomina, sino que hasta clasifica y

(1) Por si estos artículos llegan á ser leídos por alguna persona estraña á la provincia, aclaro algunas palabras bables en ellos usadas.

(2) Filu:—hilo.

describe enfermedades, á cuya vista el patólogo más consumado, el clínico más esperto, se encontraría perplejo, titubearía no poco, antes de afirmar de una manera positiva, si correspondían á tal ó cual grupo nosológico; es cierto, también, que sus clasificaciones—las del vulgo—son empíricas, ó, mejor aún, examinadas con cierto detenimiento, son eclécticas, pues que en ellas hay de todo un poco, no faltando, por supuesto, ciertas reminiscencias broussistas, que nos hacen recordar la escuela de la astenia y de la estenia, cuando con frecuencia oíamos decir que el exceso ó el defecto de sangre produjo sus padecimientos. Los nervios, el histérico, frío, calor y flato, figuran también en la etiología popular, sobre todo, cuando se trata de adultos, quedando para los niños tan solo la dentición, mal de ojo y lombrices como agentes productores de sus dolencias, haciendo de la fiebre grupo aparte, tanto para unos como para otros; digo grupo aparte, porque sea cual fuere la variedad de aquella, la comprenden con el nombre genérico de fiebre, y es palabra que infunde terror.

No sé en qué grupo estará incluida la que sirve de epígrafe á este artículo, pues á tanto no llegan mis investigaciones; pero, es lo cierto que muchas, muchísimas veces ante la vista de niños flacuchos, pálidos, demacrados, de piel rugosa y térrea, de vientre abultado y duro,

mirada apagada y voz débil, indagando las causas que habían podido dar margen á la enfermedad; más de una vieja, aficionada como todas, á la medicina, y *poseedora* de los secretos de la naturaleza, me tiene dicho: «Señor, no se canse, este niño tiene la enfermedad del *filu*, para él no hay remedio; era la delicia de sus padres y siempre se había criado tan gordo, tan robusto, sin que el más lijero padecimiento le hubiera molestado en los tres años que cuenta de existencia; ni aún los dientes, que á otros tanto trabajo les cuesta echar, no le han dado ni una mala noche siquiera; más de poco tiempo acá, empezó á adelgazar, perder el color, inflamársele el vientre, y á no tener ganas de comer; por la noche en la cama, arde; tiene á veces diarrea, algo de tosuca seca y *apetencies* (1), en fin, que se va derritiendo como la cera; le dimos el aceite de hígado de bacalao, la leche de cabra, y otra porción de cosas más, sin que haya experimentado mejoría alguna; lo llevamos en casa de una comadre mía, que entiende mucho de niños, y le puso un hilo al cuello, bastante ceñido, con nueve nudos, y nos dijo que teníamos que rezar por cada nudo el primer día un *Padre nuestro*, el segundo dos, tres el tercero, y así sucesivamente, nueve el

(1) *Apetencias*:—apetito: en el caso presente quiere significar antojos.

noveno; nos mandó volver al cabo de los nueve días, y que ya nos diría si el niño estaba de vida ó muerte, fué toda la medicina que nos dió. Volvimos, efectivamente, al cabo de ese tiempo; más como ella observara que el hilo que el niño traía al cuello estaba muy flojo, hizo un gesto de disgusto, que nos causó mal efecto; pero ella, para consolarnos, dijo: todavía queda alguna esperanza, no hay que desanimarse, voy á hacer la última prueba; coge el hilo, y tras algunas palabras que no le pudimos entender, dijo, arrojando el hilo al fuego: *Por donde vas, filu, que vaya la enfermedad del tó fiu* (1). Si el niño ha de sanar, desde hoy empezará á comer, y su reposición será rápida; si no se irá consumiendo cada vez más, hasta que se muera; y como lo dicho por aquella mujer todo va saliendo cierto, de ahí que ya no tengamos ninguna esperanza de que sane.»

La convicción con que esta mujer hablaba, bién claro pone de manifiesto la certeza que tenía, sinó del diagnóstico hecho por su comadre, que después de todo, no le importaba gran cosa, al menos del pronóstico, que era lo principal, deducido de una manera tan sencilla como particular,—la mensuración aplicada al diagnóstico de algunas enfermedades,—pronóstico,

(1) Tó fiu:—tu hijo.

que yo, por mi parte, no podía rebatir, toda vez se trataba de una *enteritis folliculosa*, ó tabes, mesentérica, de funestos resultados en la mayoría de los casos, y, sobre todo, cuando los afectados son niños menores de dos años.

No es esto solo; el vulgo no se contenta con dar nombre á las enfermedades, lo cual, al fin y al cabo, sería un pasatiempo inocente, sinó que va mas allá, preparándose á franquear las puertas de la terapéutica, proponiendo remedios para todos los males, incluso el cáncer, sin que le importen un ardite las fatales consecuencias que pueden traer los propinados de una manera tan empírica como atrevida. Que hay un dolor cualquiera, pues fricciones con una mezcla de aceite, azafrán y artemisa; que el dolor se localiza al vientre, pues una cataplasma de harina de linaza, huevo y ruda; que el dolor es de muelas, en ese caso la cataplasma será hecha con vino blanco, ó se usará la de almidón y vinagre, ó la de ortigas machacadas y pulverizadas; y si todo ello no bastara, se las *emborrachará* con aguardiente, rom, caña, ó con el humo de tabaco.

Si el dolor es cólico, la poción compuesta de medio cuartillo de vino blanco, medio de aceite común y tres cucharadas de miel de la tierra, será lo más á propósito para quitarlo como con la mano.

En los catarros, suele mandar á gusto del

consumidor, el vino, ya sea blanco ó tinto, la sidra, aguardiente ó caña hervidos con azúcar; más si el paciente no está por las bebidas fermentadas ó espirituosas, en ese caso no hay como una infusión de malva, tila, malvabisco, una cañita de orégano y una cucharadita de miel de la tierra. Con la artemisa, ruda, orégano, perejil y azúcar, se hace una infusión muy recomendable en el histerismo; en ocasiones se prepara con el aguardiente ó vino blanco, para tomarlo á copitas y no por tazas.

Por lo expuesto se vé, que el aguardiente es el gran recurso en la medicina popular, y forma la base de casi todas las medicaciones; mezclado á partes iguales con el aceite de olivas, zumo de limón y azúcar, combate perfectamente las lombrices en los niños; con el jabón basto, que en ficciones calma todos los dolores; en friegas sobre las muñecas, que es lo que llaman *pulsiar*, no hay mejor cosa para combatir los síncope, y las palpitaciones de corazón no resisten mucho tiempo á las dadas con el azafrán disuelto en él; las heridas se curan con azúcar y aguardiente; las intermitentes ó tercianas con telarañas y aguardiente, y, en una palabra, mal se verían los curanderos, si por un momento y para bién de muchos, desapareciera el aguardiente del planeta que habitamos.

El vino, aunque ocupa un puesto más bajo

en la terapéutica, sirve también de base á preparaciones muy recomendadas, entre otras, la compuesta con medio cuartillo de lo blanco, ajenjos, cortezas de naranjas dulces, y de naranjas amargas, un poco de canela en caña, manzanilla, corteza de granado y helecho macho, puesto todo en infusión durante veinticuatro horas, destinada á combatir las lombrices, y el unguento que lleva aceite y cera vírgen además de aquel, para curar las heridas. En cuanto al tinto, tan solo sirve para hacer cataplasmas con salvados de trigo, de mucha aceptación en las diarreas de los niños, y el vino aromático, que es preparación oficial.

Con harina de maíz, agua y manteca fresca, se hacen cataplasmas eficaces en toda clase de inflamaciones, por sus propiedades emolientes, y sobre todo, anodinas; con el arróz en grano y jabón raspado, se preparan otras, cuyas virtudes madurativas no tienen precio en los flemones de las mámas, y con alfalfa y aceite, perejil y aceite, cebollas cocidas con grasa, las tan recomendadas para evitar retenciones de orina, si se tiene la precaución de colocarlas sobre el púbis ó empeine.

El vulgo tiene también algo de oculista, pues cura las úlceras de la córnea ó *desfeches*, con clara de huevos y miel de la tierra; la fotofobia en las inflamaciones violentas, con sangre de pichón negro, entendiéndose bién, que

ha de ser precisamente negro y ha de estar sangrado por debajo del ala, y con paños de agua de vejeto. Tiene no poco de cirujano, toda vez que usa para las fracturas las estopas empapadas en una mezcla de huevo y aceite, los *repegones* de pez, los unguentos hechos con yema de huevo, una cucharada de aceite y otra de vino blanco, llamados de la Samaritana, necesarios en las heridas; los baños de orines ferruginosos en las torceduras; los apósitos que colocan cuando un individuo está abierto, etcétera, etcétera.

Pero entre la infinidad de unguentos que por ahí pululan, secretos, ordinariamente de alguna familia, que por nada del mundo los descubrirían, nos han llamado la atención los siguientes, dignos de mencionarse aquí, por los buenos resultados que en la práctica dan, y de los cuales hemos tenido noticias por una rara casualidad: uno de los que, á mi juicio, es el mejor por sus propiedades emolientes y estimulantes para la curación de úlceras de carácter atónico, compuesto de

Aceite común, Cera vírgen, Pez, Miel de la tierra, Tuétano de vaca,	} de cada cosa dos onzas
---	--------------------------

y otro llamado *ungüento grande*, tal vez por el gran número de materias que entran en su com-

posición, y por otro nombre *ungüento del Botánico*, por atribuirse á un señor que fué muy popular en esta ciudad (Oviedo), y al que se conocía con dicho sobrenombre, el cual unguento consta de:

Raspaduras de sauco,	} de cada cosa una onza.
Manteca cocida,	
Sebo vírgen,	
Aceite común	
Tuétano de vaca,	
Vino blanco,	

Todos estos ingredientes se cuecen á fuego lento en un puchero de barro nuevo, hasta que las raspaduras de sauco se pongan crespas; después se filtra á través de un trapo limpio, y luego de filtrado se añaden dos yemas de huevo batidas, con una cucharada de miel y otra de aguardiente blanco; de nuevo se bate la mezcla, concluyendo por agitarla suavemente hasta que se solidifique.

Es de advertir, que las raspaduras de sauco deben ser de la cubierta herbácea que se encuentra después de separada la corteza, y la cual tiene color verde.

Para que nada falte en la medicina popular, hay también su sección de revulsivos, en la que figuran dignamente, con no poca aceptación, los confeccionados con limazas ó *limiaos*, con fermento de pan y vinagre, leche agria y harina de maíz; con yerba llamada verbena, etc., así

como hay también el tratamiento adecuado para la hernia estrangulada, que se reduce sencillamente á un cocimiento de nidos de golondrina—de la tierra, no de China,—hecho con leche, cocimiento que se utiliza como gargarismo en las anginas, y que corroboran los efectos de la media de lana usada aplicada al cuello, ó de las cataplasmas de perejil y aceite.

Hay también algo de burquismo ó de metaloterapia, pues sabido es que el vulgo combate los accidentes de forma epiléptica, comprimiendo el dedo medio de la mano izquierda, llamado dedo del corazón, con el agujero de una llave de hierro; y una llave de este metal colgada á lo largo de la espalda, es lo que usan las mujeres para retirar la leche cuando tienen necesidad de suspender la lactancia, amén de las rajadas de naranjas agrias, fritas con aceite, aplicadas sobre las mamas; de los cocimientos de raíz de perejil, raíz de fresa y otros. En el caso contrario, es decir, para provocar la secreción láctea, se ingieren grandes cantidades de horchata de avellana, mucha sidra, ó cuelgan al cuello, pendiente de una cinta, una esfera silícea del tamaño de una nuez regular, llamada *piedra de la culebra*, la cual es fabricada por nueve de estos reptiles, los que, una vez terminada su obra, la vigilan con tal rigor, que para poder obtenerla, es de toda precisión aprovechar la obscuridad de la noche. No todos tienen la dicha de poséer

piedra tan estimada, así que, cuando el caso lo requiere, es buscada con gran afán por las mujeres, que á piés juntos créen en las virtudes maravillosas de ella, como en el influjo benéfico que la llamada *Rosa de Fericó*, ejerce en los partos difíciles, haciéndoles terminar satisfactoriamente.

Mucha ignorancia y gran superstición, hé aquí los dos factores que contribuyen á sostener en nuestro público creencias, cuyo origen no podemos vislumbrar; pero que tiene más de un punto de contacto con las de ciertos pueblos muy dados á lo maravilloso y fantástico, y á los que aún no ha llegado el saludable influjo de la civilización; creencias que tardarán en desarraigarse, á pesar de lo mucho que se escribe y de lo mucho que se lee en el siglo que corremos. De no ser así, ¿existirían jentes en nuestra culta ciudad que, creyendo en el *mal de ojo*, y, por lo tanto, en la eficacia de las *ciguas* ó amuletos, fuesen, como van, aún hoy, á pasar el agua por el *alicornio* (1), con el fin de averiguar si su hijo está ó nó *agüeyáo* (2); ¿habría padres de familia que sometiesen gustosos á sus tiernos hijos á la bárbara operación de colgarles cabeza abajo golpeándoles fuertemente sobre la

(1) Alicornio:—hasta de ciervo. Se echa en el agua, y si ésta forma ojos, es señal infalible de que el niño padece mal de ojo.

(2) Agüeyar:—aojar, hacer mal de ojo.

planta de los piés, con el fin de levantarles el *cuayu*?

No queremos terminar aquí esta larga lista de remedios caseros, sin dejar consignado que la yerba llamada *viniebla* (1) la usa el vulgo para combatir las rijas, así como usa también los emplastos de hollín ó sarrío y miel espolvoreados con acibar, en las afecciones verminosas, colocados en la región epigástrica; y que la pez, cola, espíritu de vino de uso común en muchos oficios, se destinan, por los que los ejercen, á la cura de heridas, contusiones, etcétera, etcétera.

(1) Viniebla ó viniega:—*cynoglossum officinale* (Linneo, fam. de las borragineas).

La caída del cuayu (1).—Remedios caseros.

NOS hemos ocupado en el artículo anterior de la enfermedad llamada del *filu*, conocida en Galicia con el nombre de *engañido*; en éste, siquiera sea por demostrar una vez más que el vulgo, poeta consumado y músico entusiasta, con ribetes de astrónomo, á veces le sobra *esprit* para intervenir en la nomenclatura médica cambiando los múltiples, y para muchos ininteligibles términos, por otros más adecuados á su lenguaje y al juicio que de la enfermedad haya formado, vamos á ocuparnos de la *caída del cuayu*, afec-
ción compleja, bajo cuya denominación se comprenden muchas bién distintas entre sí; pero que el diagnóstico diferencial no acertó á separar, á pesar de todos los prejuicios y considera-

(1) Cuayu:—cuajo: sustancia blanca que se halla en el estómago de los mamíferos que todavía no comen y solo se alimentan de leche, y que no es otra cosa que la parte caseosa de la leche más ó menos adulterada. (*Dicc. de la lengua española*, 1884).

ciones filosóficas de comadres entendidas y sapientísimos curanderos. Digo esto, porque á más de cuatro noveles aspirantes á tan elevado título, sin años suficientes para adquirirlo, y desprovistos de libros heredados ya de sus antepasados en tiempo de los moros, he visto confundir lamentablemente esta enfermedad con la del filu, sin tener en cuenta ¡infelices! el medio seguro y fácil de poder distinguirlas, el hilo con los nueve nudos, de que tan buen uso hacen los que por sus pasos contados llegaron al *summum* de los conocimientos de medicina popular.

Otros, haciendo alarde de un exclusivismo tonto y desprovisto de fundamento, caen en el error de confundir un simple *atracción de lombrices* con la caída del cuayu, olvidándose por completo de que en aquel duermen los niños con los ojos abiertos, dan olor á lombrices, etcétera, y en esta no hay nada de esto; y otros, por último, suelen cambiarla con la *abertura*, sin hacerse cargo de que la etiología, muy digna de tenerse en cuenta en todas las enfermedades, es de absoluta necesidad, y por ningún concepto debe de prescindirse de ella en la *abertura*, pues, como es sabido, los grandes esfuerzos, los esfuerzos supremos y caídas de un punto elevado, ocasionan y dan margen á lo que todos conocemos con el calificativo de *estar abierto*.

¿Qué es, pues, la *caída del cuayu*? Preguntád-

selo á muchas madres, y ellas os contestarán: Este niño que tiene ocho ó diez meses de edad, por ejemplo, de poco tiempo acá todo lo arroja: la leche la echa *tarazada* (1), el vientre se le inflama y le duele frecuentemente, se lo conozco, porque el *probitin* dobla las piernas sobre aquel—el vientre—y se retuerce mucho; tiene á ocasiones diarrea, verde como ortigas machacadas unas veces, amarilla con unas cosas blancas, como si fuesen granos de arróz ó la misma leche cortada, otras; va enflaqueciendo tanto, que no es él ni su figura, poniéndose cada vez más amarillo; ¡él, que era tan blanco y sonrosado que daba gusto verle! Por más jara-
bes y lavativas que le dí, nada adelanté; sigue cada vez peor, y no hay quien me lo saque de la cabeza, este niño tiene el *cuayu* en *baxu* (2) y mientras no se lo levante, no sana. Como el remedio es bién fácil de hacer, pues se reduce sencillamente á coger los niños por los piés con la cabeza abajo, por supuesto, y á sacudirle suavemente dándoles un golpe con la palma de la mano sobre la planta de aquellos, es decir, de los piés; voy á decidirme á buscar un hombre curioso que entienda esto, y á poner el niño en sus manos, en la seguridad de que ha de curar, pues tan malos ó peores estuvieron

(1) Tarazada:—coagulada.

(2) En baxu:—en bajo.

otros, y hoy, después de la operación, están que da gloria verles.

Basta este sucinto relato, para hacer comprender que la afección que sirve de epígrafe á la primera parte de este artículo, es sencillamente una *apepsia*, tan común en los niños de pecho, y frecuentemente observada también en todas las épocas de la infancia, constituyendo, en particular en la edad primera, un padecimiento que no debe descuidarse, pues como es sabido, puede traer graves consecuencias, padecimiento nunca atribuido por las madres á las causas que casi siempre le originan, entre las cuales figuran en primera línea, el mal régimen en la alimentación, por el afán que tienen ellas de hacer constar que su hijo *come de todo*, aunque la naturaleza no le haya dotado aún de las armas necesarias á hacer mas digestibles los alimentos.

Se complica á veces esta enfermedad, si hemos de dar crédito á personas versadas en esto, con el *hundimiento de la paletilla*,—que así llaman al apéndice xifóides del esternón,—complicación gravísima, que sobreviene cuando los vómitos son continuados y secos, la que dificulta notablemente el diagnóstico, pues si bién las dos aisladamente tienen síntomas propios, reunidas, producen una afección híbrida, que exige gran experiencia y mucho estudio para poder descubrirla y aplicar con conocimiento

de causa, y en tiempo oportuno, el tratamiento adecuado. De ahí el que lejos de levantar el cuayu de la manera especialísima que dejamos dicho, y de procurar alzar la paletilla *bizmando* al paciente, lo cual se consigue aconsejando se acueste en decúbito lateral, además de aplicarle sobre la región esternal el consabido emplasto hecho con una mezcla de trementina, pez, incienso y una copa de aguardiente, convenientemente estendido sobre un trozo de lienzo nuevo, copa de aguardiente que, durante nueve días, y por la mañana, será necesario echar entre parche y carne, no sin antes despegar un poco el parche; de ahí, repetimos, el que, muchos no viendo claro en el asunto, por más que ellos crean lo contrario, y hasta se llamen en su lenguaje especial, fundadores de una nueva escuela, combaten los síntomas á medida que éstos se vayan presentando, con los remedios que vamos á exponer:

Que el niño tiene calentura, pues fricciones con apio y manteca fresca de vaca á lo largo de la columna vertebral; caldo de apio al interior, cataplasmas de apio al vientre, y si no cede, se acude al *poleo ó mentapoligenum* (1), el cual se macera en vinagre, utilizando después éste para paños sobre el vientre, y malo ha de

(1) Poleo ó menta poligenum, planta herbácea de la familia de las labiadas.

ser que con esto no ceda, pues según dicen, es remedio eficaz, aunque así no lo crean los que han atribuido á las mentas propiedades excitantes y hasta antiespasmódicas.

Como muchas veces el niño aqueja tos, y tos pertinaz, aparte de la calentura, suelen emplear para combatir ambas cosas á la vez, una mezcla de cera, pez y tuétano de vaca, estendida, previa la coción de ella, sobre una hoja de verdura, que se aplica sobre la espalda, siendo el remedio tan heróico, que no digo yo una simple tosecilla y una lijera calentura, sinó hasta la tísisis se cura con ella.

Hay quien atribuyendo el color verdoso que tiene en ocasiones la diarrea, á un gran atracón de *alferecía*, usa, en perjuicio del paciente, los consabidos jarabes de peonía, ruibarbo, achicorias, etc., y el confeccionado mediante la coción de una jícara de agua, dos cucharadas de las de café de vino blanco, un poco de cebolla, unas gotas de aceite; y por último, también las afecciones verminosas con su cortejo de síntomas, suelen ser causa de error en las afecciones antes mencionadas, y de ahí el que se empléen empíricamente los remedios tenidos, no sin razón, por vermífugos, entre el vulgo, y que en el artículo anterior hemos mencionado.

Cuando menos lo esperábamos, hétenos ya de lleno en la terapéutica popular, vasto campo

de estudios, si las dimensiones de este artículo lo permitiera y no torciéramos nuestro propósito al emprenderlo; más como no es ese nuestro objeto, y sí exponer sucintamente los mil medios de que se vale el vulgo para curar las enfermedades, hago aquí punto y aparte, empezando mi narración.

Usa el vulgo para combatir las hemoptisis una poción de sabor repugnante, pero de seguros resultados, compuesta de miel, queso de Cabrales y vino añejo, así como para adelgazar la sangre y en sustitución al acónito, el agua de ortigas, durante cuatro ó seis días, dejando uno de intermedio; el agua de artemisa á pasto para combatir la calentura, además del ya citado caldo de apio; una *estopada* de caracoles mezclados con verbena, para el dolor de cabeza; el zumo de la *zirigüeña* (1) y también sus hojas, para las heridas; el de la balsamina, para los baños, así como también se curan éstos lavándolos todos los días con agua y sal, pero sin secar las manos, ó frotándoles con ajos calientes; éstos (los ajos) con sal, destruyen las verrugas, contra las cuales no deja de producir excelentes efectos el zumo de higos verdes.



(1) Zirigüeña:—celidonia, planta herbácea de la familia de las papaveráceas. La usada es el *chelidonium majus*, cuyo jugo amarillento tiene propiedades cáusticas.

Los cólicos, contra los que hemos mencionado ya tantos remedios, se curan, al decir de las jentes, tomando á pasto una infusión acuosa de raíces de helecho, ó bién bebiendo mañana y tarde, el agua preparada con el zumo de los brotes tiernos del fresno; pero es remedio más apetitoso, al menos para el que no padece el cólico, un huevo fresco asado en el rescoldo de una cocina alimentada con leña; y no tiene nada de agradable el tomar orines á pasto, para combatir las intermitentes, ó el compuesto de chocolate y algunos *pediculus capitis*, preconizado contra la ictericia.

El zumo de cártamo con leche, cohibe admirablemente la diarrea, siendo de notar que si el tal cártamo se coloca debajo de un terrón ó *tapin*, tantos cuantos dias esté oculto, tanto durará la diarrea.

El cártamo, que como es sabido, pertenece á la familia de las sinantéreas, es una planta herbácea, cuyos pétalos se conocen con el nombre de alazor ó azafrán silvestre, y en esta provincia, con el de azafrán de viruela, así llamado, porque acostumbran á usarlo para evitar que las viruelas *salten á la vista* y puedan ocasionar ceguera.

Las mielites ó inflamaciones de la médula, que tanto temor nos infunden, las cura el vulgo fácilmente (sic) con lijeras fricciones dadas á lo largo de la columna vertebral, con un poco de

tocino añejo desprovisto de la parte grasa, es decir, con el pellejo del tocino; la sarna ¡cosa rara! desaparece tomando el agua, en la que se haya cocido el espinazo seco de una culebra.

A los remedios indicados ya contra el reuma, tenemos que añadir uno, constituido por un cocimiento de vino tinto y aceite, á partes iguales, y un poco de flor de sauco; para fricciones; y otro que se reduce á quemar aguardiente de caña, y alcanfor, siendo preciso revolver esto con un palito de laurel; y como preservativo de tan dolorosa afección, llevar siempre en el bolsillo una piedra de azufre. ¡Cuántos si supieran esto, no hubieran padecido años y años! ¡Y cuántas madres si conocieran el *añil de coicia*, evitarían el *mal de ojo* para sus hijos, con llevar también en el bolsillo una pequeña bola de añil!

¡Cuántos hubieran curado la mudez á sus hijos, si á su conocimiento hubiera llegado alguna vez el secreto de conseguirlo!

Pero no todos son tan felices, que sepan que el agua en la cual se haya introducido previamente una peseta de las llamadas isabelinas, una peseta de las que tienen el busto de la reina Isabel, calentada al rojo en un rescoldo de leña ó de carbón mineral, tenga la virtud de curar la mudez, cuando esta procede de parálisis, y cuando, sobre todo, se tiene la constancia de tomar á todo pasto, durante el novenario, la citada agua, y la habilidad de arrojar la peseta al

fuego de cara, no por el lado de las armas. ¡Rara virtud del agua así preparada!

La grasa fresca, estendida sobre una hoja de verdura, calentada de antemano sobre la chapa de la cocina, sirve para combatir las inflamaciones del vientre; la grasa fresca estendida sobre una hoja de *paniega* (1) vale para activar la supuración; la grasa fresca estendida sobre un tallo ó tuero de verdura, se utiliza como cala; las hojas de artos ó *escayos*, para curar las heridas; los jarabes de remolacha, higos chumbos, coli-nabos, ó *nabos mexones*, para la toserina; las cataplasmas madurativas, hechas con malvas, cebolla picada y enjundia de gallina; el unguento que se prepara arrojando un sapo vivo en el interior de un puchero que contenga aceite hirviendo, usado en algunas inflamaciones; el ala de un sombrero viejo de copa, cocida con grasa y miel, en casos análogos; la ceniza de leña, previamente pulverizada empleada en los edemas, y á veces en las flegmasias, en forma de cataplasmas, hecha con vino y un poco de sal, y, por último, algunos vegetales muy abundantes en esta provincia, pertenecientes á la familia de las ranunculáceas, usados ya para producir vexicación, ya por sus

(1) *Paniega*:—se llama en Asturias á la romaza ó rui-barbo silvestre, *patientia rumex*, de la familia de las pologóneas.

propiedades purgantes, como la llamada yerba de pordiosero, y el eléboro, completan el catálogo de los remedios caseros que hemos podido recoger, entre los cuales, si se han fijado nuestros lectores, figuran algunos dignos de tenerse en cuenta, toda vez sus buenos efectos, están sancionados por la experiencia.

Reducción de fracturas y luxaciones por los curanderos.

HACE pocos años existía en una pintoresca parroquia del concejo de Gozón, un anciano venerable, no solo por sus años, sinó también por la fama que entre sus convecinos y pueblos distantes lo menos seis leguas á la redonda, había adquirído con sus maravillosas curaciones; pero más especialmente, por la facilidad con que *iguaba* (1) cualquier miembro descoyuntado, ó unía huesos, que la fatalidad, en forma de caída ó garrotazo, había partido en dos ó más porciones.

Ninguna fractura, por difícil que fuera su reducción, se le resistía; ninguna luxación quedaba perfectamente arreglada, si hemos de dar crédito á lo que de boca de sus amigos y admiradores hemos oído referir, dándose el caso de que, en más de una ocasión, lo que no habían podido hacer los médicos con sus muchos libros y años de estudio, lo había conseguido él, gra-

(1) Iguaba:—del verbo iguar, contracción de igualar.

cias á su mucha práctica y cortísimos conocimientos, tan cortos, que no alcanzaron nunca á que pudiera poner su nombre y apellido, á causa de que las letras de nuestro alfabeto eran para él *letra muerta*.

Por lo demás, aplicación no le faltaba, al menos así lo demuestra el hecho de valerse de uno de sus hijos muy versado en instrucción primaria, para ponerse al corriente, durante las largas veladas del invierno, de lo mucho bueno que traía un antiguo librote de medicina, del cual sacaba, al decir de las jentes, provechosas enseñanzas para la práctica profesional. Así lo aseguraba todo el mundo, incluso lo más selecto y notable de la comarca.

Con estos antecedentes, nada de extraño tiene que yo, siguiendo los prudentes consejos de un cercano pariente,—al cual, como es de suponer, incluyo entre la *hig-life* de aquellos contornos,—me haya llegado á ver en presencia del famoso curandero, previa la fijación de día y hora, por *mor* de una fractura del cúbito izquierdo, acompañada de una dislocación de la muñeca correspondiente al brazo del mismo lado, que mis aficiones gimnásticas me ocasionaron allá por los años de 1868, y en la época precisamente en que se *dislocaban* también instituciones que los siglos habian cimentado.

Pues, como iba diciendo, llegué á verme en presencia del famoso curandero, después de

una jornada de tres leguas, hecha á caballo y en compañía de muchachos de mi edad, alegres, decidores y capaces de hacer olvidar los dolores que de vez en cuando sentía en mi maltrecho brazo, cuando algún movimiento importuno venía á exacerbármelos. Más, tan buen humor cesó al aproximarse el momento de la operación, es decir, cuando ya estuvimos dentro del gabinete médico-quirúrgico del *cirujano*, si es que tal nombre merece la modesta habitación, en la que por todo mobiliario había una mesa, tres ó cuatro sillas de paja, un sillón de baqueta ocupado á la sazón por aquél, es decir, por el curandero, y un *gavitu* que, enclavado en la pared á media vara del techo y en dirección paralela á éste, tenía la suficiente longitud y resistencia para poder colgar de él un regular peso.

Explicado el objeto que allí me llevaba, previas las preguntas de ordenanza, pasó el *galeno* á reconocer la lesión, moviéndome al efecto uno por uno y sucesivamente todos los dedos de mi mano izquierda, apoyando en cada movimiento el índice de la suya derecha sobre el tendón extensor de cada dedo; luego me extendió el brazo y por comparación con el otro, dedujo la desviación que había en la articulación cúbito-radio-carpiana, y, por último, convencido de que existía dislocación—la fractura del cúbito en su tercio inferior, para él pasó de-

sapercibida—me mandó cogirme del fatal *gavitu*, y..... aquí fué Troya, lo hago á duras penas con mi desconyuntado brazo, y enseguida un mozangón que presenciaba la escena sin proferir palabra, me sujeta la mano con que yo cogía el *gavitu*, gracias á estar sobre las puntas de los piés, en tanto que el viejo me daba torsiones y tirones sobre la muñeca, que me hacían ver todo el sistema planetario y algo más.

Terminada la operación, me colocó sobre la parte afecta un *repegón* de pez cortado expresamente de una bota de vino, me puso encima una *estopada*, luego una venda, y colocándome el brazo en un pañuelo á modo de cabestrillo, me ordenó no levantarse el apósito hasta los nueve dias, pasados los cuales, era preciso colocase paños de vino blanco de lo bueno hervido con romero, durante otros siete, á fin de que se fortificase el brazo y pudiera ejecutar con él toda clase de movimientos. ¡Ojalá hubiera sido así, y me hubiese ahorrado dos años de padecimientos y el barómetro que aún llevo conmigo!

Con un vaso de vino y unos bizcochos, modesto obsequio hecho á mis amigos, y *antiespasmódico* que me propinaba por el susto mayúsculo que había pasado, salimos de allí, prometiéndole yo hacer cuanto me había ordenado.

Otros curanderos sustituyen el *gavitu* por una cuerda pendiente del techo, la cual sirve

para suspender por debajo de los brazos al infeliz que ha tenido la desgracia de fracturarse una pierna; sencillo, pero molesto sistema de practicar la contra-extensión, cuando el curandero está solo y tiene por razón de su cargo, que hacer la coaptación, dejando al miembro afecto el cargo de hacer por sí solo y en virtud de la acción de la gravedad, la extensión, cuerda que no es necesaria, cuando hay un ayudante forzudo que se encargue de levantar al paciente sujetándole por los sobacos.

Varía la manera de operar, si la lesión varía también; en las luxaciones del húmero, por ejemplo, la aplicación de la cuerda ó del *gavitu*, no solo sería inútil, sino perjudicial, así que cambia el manual operatorio, practicándose la reducción del modo siguiente: acostado el paciente en decúbito supino en el santo suelo, se echa en idéntica posición el curandero, apoyando uno de sus piés en el hueco axilar de aquél, y sujetando con una de sus manos lo perteneciente al brazo dislocado; un fuerte tirón seguido del empuje hecho con el pié enclavado en la axila, basta para colocar en su sitio la cabeza del hueso salida á *fortiori* de su cavidad natural, medio ingeniosísimo de realizar un mismo individuo los tres tiempos que exige la reducción de luxaciones; pero que es bién distinto, cuando se trata de alguna del pié, porque en este caso, sin necesidad de tantas molestias

para el que opera, todo lo realiza el paciente con solo colocar el pié afecto sobre un rasero é imprimir á éste rápidos movimientos de rotación, á la par que sobre él ejecuta una fuerte y constante presión.

Las férulas, fanones y vendas, forman parte del apósito que ellos emplean, aunque no siempre; pero de lo que no prescinden es del *repegón*, especie de emplasto confortativo que obtienen por lo regular del cuero cubierto de pez, usado en las botas de vino, y sobre todo, de las *estopadas* preparadas con estopa, clara de huevo y aceite, y mejor aún, con estopa, clara de huevo y consuelda, con lo que forman un apósito inamovible muy útil, y que sustituye perfectamente á las tiras de lienzo destrizadas que los médicos emplean.

Estos lijeros apuntes creo darán idea exacta del objeto que me había propuesto en el presente artículo; la fama universal que en esta provincia han tenido y en el dia tienen los *curanderos* como *componedores* de miembros rotos ó dislocados, ha sido el móvil que me impulsó á dar á conocer los medios de que se valen para llevar á cabo estas operaciones.

IV

Nomenclatura especial de las regiones del cuerpo humano.

Remedios caseros.

A anatomía de regiones, á la que tanta importancia se le da en medicina por los buenos servicios que á esta ciencia presta, tiene, á no dudarlo, un origen eminentemente popular, por más que no estén conformes con esta opinión Palfyn y Malacárve, primeros autores que acerca de esta rama de los conocimientos médicos han escrito en 1718 y en 1801.

La razón de mi aserto es bién obvia, en verdad; el hombre ante la precisión de concretar el padecimiento á la parte enferma del cuerpo, tuvo irremisiblemente que dividir aquél,—es decir, el cuerpo,—en una serie de zona, cuyos nombres, basados unos en los escasos conocimientos anatómicos que en lo antiguo fueron del dominio del pueblo, y otros aplicados, quizá al capricho, quizá obedeciendo á misteriosas leyes, con las que yo no he podido tropezar, llegaron

hasta nosotros constituyendo un conjunto la *nomenclatura especial de las regiones del cuerpo*, tan corriente entre las clases populares, como desconocida entre las jentes ilustradas.

Este conjunto es por demás sencillo, á causa de no ser muchas las regiones en que se divide el cuerpo humano, según el pueblo,—con lo que no se avendría, de seguro, el sabio Doctor Fourquet,—como lo demuestran los hechos que vamos á exponer.

Existen en la cabeza varias regiones, que son el *cogote*, científicamente conocido con el nombre de *región occipital*; el *casco de la cabeza*, ó *región parietal*; les *vidayes* ó *región temporal*, no completa, pero sí su parte anterior; la *frente* ó *región frontal*; *les oreyes* ó *región auncular*; *tras de les oreyes* ó *región mastóidea*; los *güeyos*, *les narices*, regiones orbiculares y nasal; *les mellles*, *región maxilar*, con el *dentámen* ó sistema dentario; los *carrillos* ó mejillas y la boca ó *región bucal*.

En el cuello hay: el *pescuezo* ó *región cenical posterior*; los *lados del pescuezo* ó regiones laterales y la *nuez, garganta* ó parte anterior.

En el tronco existen: los *costazos* ó regiones escapulares; *les espaldes* ó *región dorsal*, en la que está enclavado el *rosario* ó columna vertebral con su cruz ó punto de unión del sacro con los innominados; les *vanielles* ó regiones de las costillas, regiones laterales; y el *pecho*, bajo cuya

denominacion comprende el pueblo, no solo la región torácica, sinó también la *epigástrica*, con solas dos distinciones, una á favor de la *tabla* del *pecho* ó región torácica anterior y otra de la *paletilla* ó apéndice xifoides del esternón, cuya caida da origen á tantas enfermedades, según hemos dicho ya anteriormente.

Existe también en el tronco, pero ya en su parte inferior, el *renáz* ó región lumbar; la *bar-riga*, bajo vientre ó región hipogástrica; los *vacíos* ó hipocondrios, y *les veries*, que así llaman á la porción de la cresta iliaca, que viene á estar situada en la parte lateral de la cintura.

En las extremidades superiores fuera del *sobaco*, ó región axilar y de la *sangría*, así llamada, por ser el punto donde se practica generalmente esta operación, y que no es otro que la flesura del brazo ó parte anterior de la articulación húmero-cúbito-radial, nada de particular existe bajo el punto de vista anatomo-topográfico popular, que merezca mencionarse; en cambio en las extremidades inferiores se distinguen el *ca-dril* ó región glútea; el *muslo*, la *rodilla*, la *pierna*, con su *papo* ó *pantorrilla*, la *caña de la pierna* ó tercio inferior de la misma; *los tobillos* ó *maleólos*, la *garganta* del pié ó *tarso*, la *planta* del pié, y, por último, las *dedas*, ó sean los *dedos*, que por el hecho de pertenecer al pié y para distinguirlos de los de la mano, se les hace *femeninos*, cuando desde que nacieron fueron

masculinos, si hemos de dar crédito al Diconario de la Academia.

De lo expuesto resulta, que la mayor parte de los nombres de las distintas regiones del cuerpo, traen su origen como al principio decíamos, de los escasos conocimientos anatómicos de que el vulgo dispone; como lo confirman las palabras *cadril*, *cogote*, *oreyes*, *etc.*, y aún las palabras *renáz* y *vanielles*, que, á juicio nuestro, deben de provenir de las latinas *renalis renale*, lo que concierne á los riñones y *vanulus* diminutivo de *vannus*, vano, frívolo, falta de consistencia, falta de solidez; denominación, la segunda dada á las costillas, quizá á causa de que el vulgo crea que estos huesos son poco consistentes, de escasa resistencia, y, en una palabra, de poca solidez.

En cuanto al vocablo *vidaya*, parece ser un derivado de la palabra vida; con su etimología no me han permitido tropezar mis escasos conocimientos filológicos; pero después de todo, el tal vocablo está muy conforme con la idea que el vulgo tiene de la sién, en la que hace residir el misterio de la vida, á juzgar por el miedo que tiene á los golpes en dicho sitio, por creerlos casi siempre productores de la muerte.

¡Oh! si diera con estas y otras etimologías, con cuanto gusto me dedicaría á buscar las de las palabras: *tortolles* con que el pueblo distingue á las pápulas ó nudosidades producidas por exudaciones plásticas en las papilas cutá-

neas; *nacides* ó grandes diviesos, que no por ser grandes, entran en la categoría de los ántrax ó avisperos; *cáncanu*, así llamado el cáncer, del que hay la creencia vulgar de que es preciso alimentarle con carne cruda; *desfeches* ó úlceras de la córnea; *glándules*, nombre dado á todas las inflamaciones de los ganglios linfáticos; *comiciu*, prurito ó picazón que acompaña á muchas enfermedades de la piel; y otras muchas que constituyen la tecnología médico-asturiana, de la que forma parte la nomenclatura especial de las regiones del cuerpo, base del presente artículo.

Para darle por terminado, resta únicamente ocuparnos de los *remedios* caseros.

La terapéutica popular es, sin duda ninguna, la rama más rica de la medicina que posee el pueblo. Bién lo demuestran los muchos remedios que en artículos anteriores hemos mencionado, y los que, como complemento de ellos citaremos en el presente, son producto de los trabajos de recolección que vamos haciendo, y que quisiera que continuasen otros con mejor fortuna y más conocimientos, siguiendo el ejemplo de Sevillot, Pitré, Coelho y otros que se han ocupado y ocupan, como dice el Sr. Canella (1) «en recoger en el pueblo ricos y preciosos datos para el conocimiento de todas las manifestacio-

(1) Estudios asturianos. Art. Saber popular, pág. 125.

nes del espíritu humano,» y en especial de la medicina popular, rama importantísima de las *ciencias de la quintana*, y origen, tal vez, de nuestros conocimientos médicos actuales.

Entre dichos remedios caseros, figuran como heróicos, para combatir los dolorosos y terribles cólicos, la infusión de barbas de maíz (estigma) y también la hecha con los *rabos* ó pedunculo de las cerezas negras; en los molestos dolores de muelas, los vapores de beleño, cuyas semillas se infunden en agua hirviendo, recibiendo dichos vapores dentro de la cavidad bucal, de la que saldrán pequeños gusanos muertos, procedentes de las muelas careadas, en cuyo interior, según el vulgo, existen, ocasionando la irritación del nervio, y, por lo tanto, el dolor. Dichos gusanos ¿serán la *amiba bucalis* descrita por los autores en algunos casos de gingivitis? No podemos afirmarlo, porque, nuestras observaciones no llegan á tanto.

Usa el vulgo, como revulsivo, los pollos recién muertos, en los que practican una abertura todo á lo largo del pecho y vientre, para poder introducir por ella el pié. Ordinariamente se coloca uno en cada pié, y en este sitio se tienen veinticuatro ó treintaseis horas, tiempo más que suficiente para que los pollos entren en descomposición, ahuyentando con sus olores á los que traten de acercarse á la cama del paciente. Este sistema de revulsión es malo y caro, y creemos que sal-

dría mejor librado el enfermo, si en vez de aplicárselo, tomase alguna tacita de caldo hecho con los pollos, de cuya carne pudieran participar los encargados de cuidarle.

Además de los medios citados anteriormente para combatir las *desfeches*, ó *esfreches*, existe otro propio y peculiar de los vecinos de San Martín de Arango (Pravia), digno por más de un concepto, de mencionarse, y que consiste ó se reduce á lo siguiente:

Se cogen tres granos de trigo, tres de mijo y tres de sal, con agua de fuente natural en una (escudillina) (1) de pirinal (2). La dicha escudilla, con el agua, se coloca por debajo de la barba del paciente; se coge uno de los granos de trigo, se pone al nivel de la ceja del ojo enfermo, y se deja caer en el agua por frente precisamente, de la *desfecha*, diciendo la siguiente oración: «*San Alifonso se levantóu, vistióse y se calzóu, á la orilla del riu se foy, con la Vírgen se atopóu, y le dixu: Alifonsu ¿tú qué tienes en los güeyus? Tengo una nube en un güeyu y non puedo ver el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Pues cúrala con tres granos de trigo, tres de mijo y tres de sal, con agua de fuente natural en una escudillina de pirinal, y diciendo esta oración nueve veces en nueve dias seguidos, con la ayuda de Dios has de*

(1) Taza pequeña.

(2) Pirinal:—pedernal.

sanar. Amén.» Lo hecho con el grano de trigo, se hace con el de mijo, luego con el de sal, volviendo á repetirlo con el de trigo, luego el de mijo, etc., hasta tres veces con cada grano, y como siempre se repite la oración, al final resulta recitada ésta nueve veces; debiendo hacerse la cura por espacio de nueve días, que son los de rúbrica ordenados, al parecer, por la Vírgen á San Ildefonso.

Se combaten también las *desfeches*, valiéndose de una yerba, conocida vulgarmente en esta provincia con el nombre de *yerba de la desfecha*, la cual lijeramente triturada, se mezcla con la clara de un huevo fresco, se bate mucho la mezcla, y después que está bien levantada, se vuelca la vasija, que ordinariamente es una taza sobre un plato, se tiene así un día entero, y al cabo de éste, lo que se desliza entre la taza y el plato, que es una especie de aceite, se toma con una pluma fina de gallina, y con ella se pasa nuevamente sobre la desfecha, con la consabida precaución de repetir varias veces los pases; pero siempre en el mismo sentido.

De estos dos medios, el primero tiene muchos puntos de contacto con el seguido para combatir la enfermedad del *filu*: en ambos entra como base principal el fanatismo religioso, digno siempre de respeto; pero que en estos y en otros casos análogos, expone al paciente á

perjuicios irremediabiles, sino siendo muy avisado, echa en saco roto, el adagio que dice: «A Dios rogando y con el mazo dando:» ¡Cuántos tuertos y cuántos ciegos lo habrán sido, por seguir á piés juntillos el sistema de los tres *granitos!* y ¡cuántos niños se van á la eternidad, por entregarles sus madres en manos de las que saben curar las enfermedades del *filu* y la *caida del cuayu!*

Pero, dejando aparte cuantas consideraciones pudieran ocurrir sobre estos y otros hechos, que tan de manifiesto ponen la supina ignorancia de nuestro pueblo, para el que los *apóstoles* son los únicos poseedores de la verdadera medicina, y continuando con la exposición de los remedios caseros, diremos que: la infusión de hojas de higuera se aplica con éxito á la curación de las ronqueras ó laringitis; la de verberna, mezclada con leche, á las cefalalgias ó dolores de cabeza, para lo cual, basta colocar sobre la frente unos paños empapados en la mezcla, el caldo de pichón blanco, para la curación de la tos ferina; los emplastos compuestos de cera vírgen, jabón amarillo y blanco, chocolate de lo bueno, manteca, aceite, sebo de vaca puro y aguardiente de lo bueno, para atacar con éxito á las bronquitis y otras enfermedades de pecho, si sobre esta cavidad se coloca tan heterogénea mezcla sobre un paño de lienzo nuevo. Esta fórmula la combaten algunos cu-

randeros, alegando, entre otras razones, que el chocolate bueno, la manteca, y aún el aguardiente, puede suministrársele interiormente al enfermo, bastando que se aplique sobre el pecho un trozo de papel de estraza ó de lienzo sin usar, sobre el que previamente se haya estendido una mezcla hecha á buena temperatura, de esperma de ballena, cera vírgen y aceite.

Les sobra razón á los curanderos para ensalzar este emplasto, pues, como emoliente y resolutivo nada tiene que envidiar á los tan conocidos de cera, jabón, y otros que se registran en cualquiera farmacopea.

La compota de manzana bien cargadita de vino blanco, tomada muy caliente al acostarse, sirve para combatir el constipado, contra el que se usa una bebida compuesta de yemas de huevo bien batidas, con azúcar y de leche caliente, aconsejando, si la tos es molesta, la sustitución de este líquido por el cocimiento de cebada, malvavisco, y salvado, al que se incorpora cuando está en ebullición un puñado de flor de sauco, dejándolo hervir algunos minutos más después, y añadiéndole al tiempo de tomarle, no solo el azúcar necesario, sinó una yema de huevo.

En las anginas se usan también las cataplasmas de nidos de golondrina fritos en aceite; para el reuma las fricciones hechas con el líquido que resulta friendo cigarros comunes de los más

fuertes, en aceite, cuyas fricciones dan lugar á una pequeña erupción beneficiosa al paciente.

Es remedio eficaz en los panadizos los baños dados al dedo enfermo en un vaso de agua caliente, á la que se añade una cucharada de ceniza de sarmientos; en las inflamaciones producidas por humores fríos, la aplicación de salvados de trigo muy tostados y calientes; para resolver flemones, las cataplasmas de miga de pan, yema de huevo, azafrán y leche; para combatir las lombrices en los niños, basta colocarles en la parte inferior del vientre una cataplasma hecha con hojas de albérchigo, dos dientes de ajo, bien machacado todo junto, un poco de levadura y el vinagre necesario para hacer la coción; para curar las cataratas, el agua de lima-za ó *limiáu*; para combatir la ictericia, se emplea una infusión en la que entra un cuartillo de vino blanco, medio pesante de azafrán, y el zumo de la parietaria, de cuya infusión se toma una copa por la mañana y otra por la tarde.

Los dolores de oídos ú *otalgias* se calman con los vahos de saín; los lobanillos se destruyen del siguiente modo: después de preparado el salvado de pan con bastante sal y vinagre, se le envuelve en una hoja de verdura ó col y se le cuece al amor de la lumbre, con lo que resulta una especie de torta, que aplicada al lobanillo, hará que se reblandezca poco á poco; la *psoriasis herpética*, se combate con un líquido que

resulta cociendo la raíz de los gamones (1) en agua de sauco y después se mezcla con leche, cuyo líquido se emplea en lociones, y por último, no queremos dejar de transcribir la notable fórmula usada en el tratamiento de las úlceras escrofulosas sostenidas por caries de los huesos, en la cual figuran como principales componentes, el jabón amarillo de lo bueno, en la proporción de lo que dan por cinco céntimos, medio cuarteron de aceite común, medio diente de ajo y flor de sauco. El aceite se hierve en una vasija muy limpia, echando el ajo hasta tanto que éste se halle ligeramente tostado, ó como dicen los cocineros, doradito, en cuyo caso se separa del aceite y se tira; hecho esto, se introduce la caña de flor de sauco en el líquido hirviendo, y trascurridos algunos minutos, pocos, se saca sustituyéndolo con el jabón bien deshecho; se revuelve perfectamente y después se retira del fuego, quedando la masa, después de fría, convertida en una especie de unguento, el cual se aplica estendido sobre un trapo ó sobre una planchuela de hilas.

Con tan inapreciable receta, que en más de una ocasión ha servido para dar un solemne chasco á médicos y cirujanos, se han obtenido milagrosas curaciones de úlceras escrofulosas, deteniendo la destructora marcha de la inflama-

(1) Planta medicinal del género asfodelo.

ción supurada de los huesos, y cerrando con admirable facilidad trayectos fistulosos rebeldes al iodoformo, iodo y otros ingredientes.

Así me lo han asegurado mujeres entendidas y hombres merecedores del título de *apóstoles*, si la modestia no fuera habitual en ellos, y la tal palabra no pasara como fruta nueva en un país en donde tanto abundan los curanderos, y á los que en tanta estima tengo, que por demostrarlo doy á la prensa sistemas y métodos, fórmulas y recetas, adquiridas á costa de no pequeño trabajo y de no escasos engaños, pues será bueno advertir, que la medicina del pueblo, así como la de los egipcios, sigue siendo un misterio para todos, menos para aquellos que de generación en generación van trasmitiendo sus conocimientos á la posteridad.

Termino mi escasa y mal perjeñada obra, haciendo votos por que ella sirva de base, á pesar de su escaso mérito, á otras de mayor importancia, en las cuales los ricos en inteligencia, conocimientos y curiosidad, puedan lucir sus buenas dotes, prestando no pequeño servicio al *folk-lore* asturiano, y, por tanto, á la ciencia popular, que hoy empieza á estudiarse en todas sus manifestaciones, con un entusiasmo digno del mayor encomio; si así sucediese, vería recompensado con creces este mi humilde trabajo.

APÉNDICE.

El Curandero.



EN un principio fué barbero, y, aún hoy en el día, por afición, quizá, ó quizá por cubrir el expediente, sigue poniendo sus nervudas manos sobre caras y cabezas de procedencia rural.

Su salón de barbería establecido en uno de los barrios no muy distante del centro de la población, se reducía, ó mejor dicho, se reduce á un pequeño cuarto, situado en el piso bajo y á la izquierda de un escaso portal perteneciente á una casa de mediano aspecto.

Por todo mobiliario contiene el citado cuarto una mesa no muy grande, sobre la cual, metódicamente ordenado, descansan navajas y tijeras, alternando con los suavizadores, brochas y caja de polvos de arróz, que con un espejo pendiente de la pared, malo, de esos que marean, completan los utensilios necesarios al ramo de barbería,

amén de la vacía y tohalla, y del sillón de baqueta destinado al que por turno va á dejar allí sus pelos. Hay además tal cual silla, que pueden utilizar los que se ven precisados á esperar vez; alguno que otro cuadro colgado de la pared, una jaula con un jilguero, que redobla su canto á medida que la algazara es mayor en la barbería; una redoma llena de sanguijuelas en la ventana que da á la calle, sobre cuya ventana y á guisa de anuncio, oscila una vacía de hoja de lata en mediano estado, y, por último, y muy próximo al espejo y casi enfrente de la puerta que da al portal, un pequeño estante con vidrieras, tras de las que se distinguen uno ó dos libros muy viejos, variedad de palancas, gatillos, llaves inglesas, descarnadores y hasta piés de corzas, en una palabra, todos los chismes necesarios á la extracción de muelas, con y sin habilidad, pero siempre con gran dolor del infeliz que cae en sus manos.

No sabemos si en sus buenos tiempos tañía bién ó mal la guitarra, pero que aplicaba sanguijuelas y sacaba muelas, no cabe dudarlo, y, por cierto que esta operación de cirujía menor, la llevaba á cabo en las ocasiones difíciles, cuando la muela era de las que están bien agarradas, tumbando al paciente boca arriba en el santo suelo, apoyándole la rodilla sobre el pecho y la mano izquierda sobre la frente, previa la aplicación de la llave inglesa, y ejerciendo fuertes

tracciones á beneficio de las cuales, malo había de ser que con la muela no saliera otra compañera, ó alguna porción de mandíbula, si es que ésta no era suficientemente fuerte para resistir á la tentación de salir toda entera.

Estas operaciones y la de aplicar sanguijuelas al que las necesitase, le pusieron más de cuatro veces en el duro trance de tener que estancar hemorragias rebeldes ó de tratar flemones consecutivos á las caricias de la llave inglesa; así que, familiarizado poco á poco con los *grandes procesos morbosos* y un tanto envanecido en las consultas que paulatinamente iba adquiriendo, relativas, primero, al arte dentario, más tarde á todo el arte de curar, muchas de las cuales fueron evacuadas felizmente, gracias al favor dispensado por la naturaleza, se creyó hecho ya un Galeno, y no hubo reparo en convertirse en mariposa, aquella crisálida desarrollada entre nubes de jabón y cataplasmas emolientes.

Es decir, que se lanzó de lleno al campo de la Medicina, hartó estéril para el que estudia mucho; pero demasiado fecundo para el que, sin otras armas que la audacia, penetra en él, escudado por la Ciencia, aprendida en un librote de pergamino, heredado, al decir del vulgo, de un afamado médico de la localidad, cuyo librote suele ser un tratado de *Physica Experimental* del Abate Nollet, edición de 1756; ó un formu-

lario magistral de principios del siglo, ó los Aforismos de Hipócrates, en latín.

La fama de entendido, y la de no cobrar mucho,—pues eso se queda para los médicos, según creencia popular,—no tardó en cundir por la población, y en aras de ella, entra y sale el curandero en las casas de los barrios, provisto de un bastón de caña con puño metálico; recetando á diestro y siniestro, ya de *pastillas de la confitería, un rial*, ya los compuestos mercuriales, por onzas, ó los cocimientos, preparación especial suya, por kilos, si es que no se le antoja soplar al doliente algún baño general, pegue ó no pegue, ó le da por meterle en un horno de cocer pan, que es el sudorífico más enérgico de que dispone el curandero en casos extremos, cuando el catarro no cede á todos los cordiales conocidos.

No deja de tener habilidad para *iguar* miembros y enderezar cosas torcidas; pero en cuanto á cirugía de todos calibres y al arte de comadrón ¿quién le pone el pié delante, al que, según la voz pública, estuvo mucho tiempo en el hospital y tiene unas manazas que, ni de encargo, para los casos peliagudos del trance fatal de dar á luz?

Allí, en el hospital, aprendió mucho bueno en el terreno práctico y hasta en el técnico; más con los años, á medida que el primero se agrandaba, el segundo se iba reduciendo de tal

modo, que esa tecnología especial de que abusan los galenos con harta frecuencia, cogida al vuelo por aquél, la aplica ya con dificultad y lo más inoportunamente posible.

También aprendió allí que los médicos no creen en las aberturas de cuerpo, ni las caídas de la paletilla y del *cuayu*, que son de ordinario las enfermedades más comunes en las aldeas y las que él trata con más acierto, amén de otras del *arca* y el *paralis*, contra las que tiene fórmulas especiales de su invención, algún tanto sucias algunas de ellas, pero que le producen muy buenos cuartos.

El curandero viste de aparejo redondo, es decir, de chaqueta y hongo; está bien nutrido y su buen color indica que no debe de ser gran partidario de la hidroterapia, y que la fuchsina, el amílico y los *micorbios* no le preocupan gran cosa; habla, y es serio de suyo, como corresponde serlo al que ejerce una profesión tan seria como la Medicina, de la cual es poderoso auxiliar; tiene un defecto en la locomoción, que lejos de perjudicarle, le da cierta importancia; no sigue á la escuela hipocrática en cuestión de barba, *c' est-á-dire*, gasta bigote, y monta, bajo el aspecto hípico, cuantas variedades ofrece el género *equus* desde el *caballo* de mayorazgo de aldea hasta el *asinus*, de modesto molinero.

A veces tiene que hacer democráticamente la jornada, es decir, ir *pedibus* andando, lo cual re-

sulta dislocante y hasta feo para el que como él
gasta bastón de puño de metal y tradición
galénica.

En cuanto á política..... ni siquiera ha sido
concejal, á pesar de ser una de las primeras
figuras de su barrio.

¡Si será desgraciado tan popular individuo!



ÍNDICE.

	<i>Pág.</i>
I. La enfermedad del filu.—Remedios caseros.....	3
II. La caída del cuayu.—Remedios caseros.....	15
III. Reducción de fracturas y luxaciones por los curanderos.....	26
IV. Nomenclatura especial de las regiones del cuerpo humano.—Remedios caseros.....	32
APÉNDICE.—El Curandero.....	45

